

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

A las dos buenas razones por las que el hombre trabaja, según el franco decir del Arcipreste de Hita, debe añadirse una tercera: la de conquistar y sostener esa parcela íntima del vivir, la más verdadera, tanto que la llamamos "vivienda". Se puede trabajar de sol a sol con la abrumada conciencia de estar regalando sudor; sufrir otras injusticias; soportar ingratitudes, deslealtades... Pero lo que el hombre no puede enajenar jamás es su derecho a esos metros cuadrados donde se recupera y cura al final de cada jornada.

No diré yo que en nuestros días sea la casa más preciosa que nunca para el corazón del hombre. Pero sí que está en creciente el uso que de ella hacemos, y que a mayor uso, mayor interés por acondicionarla bien. Cualquiera puede recordar los días en que la mejor habitación permanecía intocada y muerta, con sus sillas y sillones envueltos en fundas blancas como sudarios, sólo por si una vez al año se presentaba alguna visita de mucho porte. En tierras de pan llevar he oído decir con énfasis, y no hace tanto tiempo, "la sala magna"; mas no se piense que fuera mansión señorial, sino de labradores humildes. Hoy, en cambio, lo más importante suele ser la sala de estar, que ya en el nombre explica su natural función. Y la vivienda entera, generalmente, respira esa autenticidad que le viene de estar al servicio de su amo y no al revés. Aquí podría plantearse lo de si la función crea al órgano o viceversa, la incógnita de si antes el huevo o primero la gallina. Las casas son más cómodas... y el hombre se encariña con sus zapatillas. El hombre se queda en casa... y piensa en una casa cada vez mejor.

Y es natural que esta tendencia humana, universal -tanto mayor cuanto más suben los pueblos en su desarrollo- esté pinchando a los creadores y acucie a las industrias y comercios. Unos y otros miran a mejorar la vida del hombre en lo que tal vida transcurre de puertas adentro: desde la intención utilitaria con que se pone en marcha la máquina de lavar o se enciende la pantalla de luz discreta y confidente, hasta la aparente superfluidad, sólo aparente, de un jarrón con flores. Y cosa curiosa: si los proyectistas cavilan para que cualquier hogar se parezca a un hotel -en la cualidad de comfortable-, no menos han de ingeniarse en conseguir para los hoteles las mayores aproximaciones al verdadero hogar.

Así se explica el acontecimiento barcelonés de estos días otoñales, atrayendo a un gentío que suponemos de vocación casera. Con la palabra "hogar", calentita,

desencadenante de intimidades y su casi gemela "hotel", que tiene también cinco letras y hasta cierta semejanza gráfica con aquella, los emprendedores catalanes han acertado a crear el indicativo de una exposición, o feria de muestras, o salón monográfico -como ahora se prefiere decir-, que al paso de sucesivas ediciones -como también se dice- está alcanzando, ha alcanzado ya, su consagración dentro y fuera de nuestras fronteras. Para ver las más preciosas alhajas que pueda soñar un hombre de su casa -¿o vamos a decir siempre una mujer?-, nadie tiene que marcharse a Milán o a las "Arts Ménagers" de París por obligación. Por devoción, bueno; o sea, por atún y a ver al duque...

Sí, dice el Libro del Buen Amor que la primera, por haber mantención. La segunda, por haber ayuntamiento "con fenbra plazentera"....

Pero por algo más el hombre trabaja (y bien lo saben los de "Hogarotel"). Ahora mismo, quizá como nunca en su afanosa historia, por un lugar que sirva no sólo para guarecerse: que dé alegría a los ojos en el color de unas cortinas, brazos amigos en el sillón que espera, conformidad al corazón.

DON Filemón, un año. Sospecho que esté yo donde esté -en el espacio y en el tiempo-, me va a rondar siempre por estas fechas del otoño su memoria. Los cristianos tenemos el padrenuestro, y yo lo rezo hoy por don Filemón. Pero no me escandaliza pensar que hay hombres de otras religiones, o incluso sin ninguna religión, que establecen con sus muertos un contacto espiritual que puede llamarse sinfonía, poema, paisaje... Yo mismo, además de con la oración, he ido ahora al encuentro del amigo en la pequeña rebusca por el cajón de los papeles antiguos. Me gustaría tener aquella carta de hace mucho tiempo, cuartilla apaisada, "Enhorabuena a un valiente como usted que a los trece años se atreve a lanzarse a la palestra del periodismo". La llevé en mi cartera de ubrique -a modo de credencial-, junto a las chuletas para pasar los exámenes, el borrador del último soneto y la foto de la última novia. Se ha perdido, quiera Dios que hasta cualquier día; pero sí conservo recortes amarillentos con mi firma al pie, y ellos me evocan el comentario y el consejo de quien los leía antes de pasar a la imprenta.

Luego, con el tiempo, pude corresponderle yo mismo como consejero, aunque fuera en negocios de menor cuantía. Él estaba muy ilusionado con su obra sobre la

monarquía leonesa, y juntos discutimos la portada. Yo cogí un folio de papel blanco y propuse que así fuera el color de las cubiertas del libro; luego, rechazando cualquier estampa o adorno, diseñé el nombre del autor -Filemón de la Cuesta- y el título -"Reyes Leoneses"- en versales del más riguroso clasicismo (resabios de vocación infantil en la imprenta de mi tío Tomás Nieto), siempre en negro salvo la "R" inicial, que iría en rojo a modo de capitular de un tomo catedralicio. Abajo, la fecha: 1958.

A don Filemón le gustó. Ahora voy al estante preciso, reviso mi ocurrencia de entonces y resulta que me gusta también. Todavía me queda tiempo para leer la dedicatoria no olvidada. Para el repaso de unas páginas. Ya digo que hay muchos puentes para encontrarnos con los de la otra orilla.

LA técnica progresa mucho alrededor del hombre, hacia las cosas exteriores al hombre. Pero no menos acucia su intimidad hasta las más escondidas capas. "Quien añade conocimiento, añade dolor", dice más o menos el Eclesiastés. O viniendo a una cita menos solemne, pero bien comunicativa, el "Si quieres ser feliz como me dices / no analices, muchacho, no analices", del olvidado Campoamor. En todo caso, ¡la de sufrimientos que se han ahorrado nuestros abuelos! por no saber de radiografías sagaces ni de microscopios.

Hasta ahora, una ancha subjetividad nos permitía beber la última copilla, "echar la espuela", confiados en nuestra fortaleza para tales lances. De aquí en adelante, ese laboratorio del alcoholómetro -que todavía no he visto, pero imagino pequeño, insidioso y acusica- nos va a enfrentar con el sobrio juicio de la autoridad, y quién sabe si, por posterior generalización, con la autoridad doméstica de nuestras mujeres al regreso de uno de esos cócteles llamados culturales, cuando no del democrático garbeo por el barrio húmedo.

Sólo falta saber -en una sociedad como la nuestra, que todo lo revierte a consumismo y a pesetas- quiénes serán los afortunados expendedores del chismático. He oído que quizá las farmacias y droguerías, pero otros piensan que serán las casas de productos enológicos. También podría caerles la breva a los electrodomésticos, a ver si se animan. Y no se desecha la posibilidad de que los tengan a mano en tabernas serias y desinteresadas (un poco como los anuncios paternalistas de la Tabacalera); mas, por supuesto, en todas las dependencias de Palabra Culta y Buenas Costumbres.